

La Palma. GR 131 o El Bastón

Crónicas de una isla viva

Islas Canarias

Daniel Martín Gómez
Escritor y periodista

DIFUMINADO por la borrosa lente de nuestra existencia, todo relieve aparenta una falsa inmutabilidad. Ninguna cordillera, por imponente que sea, ha estado ahí desde el inicio de los tiempos. Ningún río, por caudaloso que parezca, ha fluido siempre. Ningún valle, sin importar su extensión o su profundidad, podrá escapar al destino de ser algún día colmatado. Solo nuestra efímera vida, un destello entre eones, nos impide contemplar esa eterna lucha entre la creación y el caos, que comenzó mucho antes de que estuviéramos aquí y terminará mucho después de que nos hayamos ido. Este sobrecogedor Camino Natural, permanentemente encaramado al precipicio, nos ayuda a cambiar de escala temporal, extendiendo la mirada hacia el pasado y hacia el futuro.



Pocos lugares resultan tan adecuados para rastrear las huellas de esta batalla geológica como las islas volcánicas. De Hawái a Pascua y de las Kuriles a Nueva Zelanda, miles de estas pirámides de basalto despuntan sobre la superficie de los océanos. Algunas son tan inmensas como Islandia o Japón. Otras lucen como insignificantes motas de polvo sobre el mapa. Pero todas comparten con el ser humano un ciclo vital finito: nacimiento, crecimiento, madurez y muerte. Surgieron del mar y al mar volverán.

Aceptado el símil, podríamos decir que Canarias, único archipiélago volcánico de nuestro país, reúne islas de todas las edades. Venerables ancianas como Lanzarote y Fuerteventura, con más de veinte millones de años de antigüedad, que ya han iniciado su etapa de desmantelamiento. Bebés inquietos como El Hierro, de solo un millón, que apenas han tenido tiempo de nacer. Y adolescentes en pleno estirón, como La Palma, que es la isla que nos ocupa.

El Camino Natural GR 131, conocido como Ruta del Bastón por su forma sobre el mapa, contempla toda la historia geológica de la isla en sus algo más de 80 kilómetros. El norte, por el que discurre en su primera mitad, es la *Paleopalma*, la isla antigua, la que primero emergió del Atlántico. El sur, protagonista de su último tercio, la *Neopalma*, la isla nueva, la que ha crecido con asombrosa rapidez en *solo* 400.000 años.

Desde el Puerto de Tazacorte, en la abrigada costa occidental, el sendero arranca transversal, trepando sobre el risco de El Time, que en la lengua de los benaharitas quiere decir «lugar alto». Este pueblo beréber, probablemente nativo de Marruecos, habitaba La Palma hasta su ocupación en 1492 por las tropas del gaditano Alonso Fernández de Lugo. Aunque han pasado cinco siglos y los benaharitas ya no existen como

tales, su cultura sigue muy presente en cada rincón de esta ruta. Así, el Parque Nacional de la Caldera de Taburiente, la empuñadura del Bastón, es una magnífica depresión erosiva de 8 kilómetros de diámetro, pero también el antiguo cantón aborigen de Aceró («lugar fuerte»). Su jefe Tanausú se negó a rendirlo, por lo que solo con su captura a traición pudo culminar la conquista de la isla. Contemplando desde lo alto este agreste laberinto de barrancos, no sorprende la renuncia de los conquistadores a tomarlo por la fuerza.

Superado el techo del camino, que es también el de la isla (Roque de los Muchachos, 2.423 metros), el recorrido vira hacia el sur y acompaña el trazado de la cordillera de Cumbre Nueva. Este es el territorio de los cabreros de cumbre, que heredaron la maña aborigen del salto del pastor. Ya en el siglo XVI, el sacerdote portugués Gaspar Frutuoso la describía así: «Colocan una lanza a lo largo de su cuerpo y aunque la altura sea de tres lanzas se arrojan al vacío y llegan a ponerse en el suelo con tanta facilidad que parecen pájaros». Hoy puede parecer una extravagancia, pero al contemplar estas monumentales paredes de 1.500 metros no tardaremos en comprender que la descrita era la única forma segura de transitar por ellas. Aunque la trashumancia de cumbre que le daba sentido ha desaparecido, el salto se mantiene en la actualidad como deporte tradicional.

En este punto del recorrido, La Caldera parece un costillar abierto al poniente. En su corazón late Idefe, el roque sagrado de los benaharitas, que vivían en permanente temor a su caída. En los extremos de la caja torácica, una sucesión de cimas de más de 2.000 metros: Fuente Nueva, Morro Negro, Piedrallana, pico de la Nieve. Es un terreno duro, descarnado, refractario a la vegetación. Y sin embargo el andar es apacible y el espectáculo grandioso.



Olivia Stone, viajera inglesa del siglo XIX, se encontró con que las nubes le arruinaban la vista. A pesar de ello, escribió con evidente entusiasmo: «Las cumbres que rodean la muralla de La Caldera son apenas visibles, formando un semicírculo que por fuera y por dentro rebosa con un mar níveo. El efecto de estas siluetas dentadas contra las suaves nubes es muy llamativo. Solo donde aquellas tocan el risco puede distinguirse un movimiento breve y difuminado, que suaviza los bordes como en un estarcido». Yacimientos arqueológicos como el de La Erita y numerosos refugios pastoriles enriquecen el paisaje humano en este tramo a primera vista inhóspito. Tan íntima es la relación entre ambos que con frecuencia comparten el mismo espacio, sucesivamente reutilizado durante siglos.

El semicírculo al que alude Stone se cierra en el refugio de la Punta de los Roques, donde el camino toma un rumbo netamente meridional y comienza el recorrido por el fuste recto del Bastón. Llevamos ya algunas horas con la textura áspera de la alta montaña en la boca y las piernas aconsejan un descanso. Muchos eligen pasar aquí la primera noche, puesto que para disfrutar del sendero completo hay que invertir no menos de dos jornadas completas. Desperzarse mirando al naciente, con Abora (el sol, dios supremo de los benahoaritas) emergiendo tras el Teide y la Caldera de Taburiente a nuestros pies es garantía de un recuerdo imborrable y el principal argumento a favor.

Poco después comienza el abrupto descenso que nos llevará hasta la Hilería de la Cumbre. Así se llama esta frontera climática, biológica e incluso cultural que separa las vertientes de barlovento y sotavento. En todo el archipiélago es una línea muy marcada, porque simplificando diremos que en ella divergen la comarca húmeda de la seca y las nubes del sol. Sin embargo, en ningún otro lugar de la región se hace tan patente este contorno invisible, que hasta la vegetación respeta con

marcial disciplina: a la izquierda, el perenne verde brillante del fayal-brezal; a la derecha, el tono seco y azulado característico del pinar canario.

La clave de esta abrupta separación reside en lo que los locales llaman *la brisa* y los meteorólogos el alisio. Es el mismo régimen de vientos que llevó a Cristóbal Colón hasta las Antillas, tras sendas escalas en La Gomera y Gran Canaria, y que los británicos bautizaron muy apropiadamente como «vientos del comercio» (*trade winds*). Sin su fresca y benéfica influencia, Canarias dejaría de ser la tierra de la eterna primavera para convertirse en el equivalente insular del desierto del Sáhara, con el que comparte latitud. En un día clásico de *brisa*, disfrutaremos de un agraciado espectáculo natural: las nubes remontando la silueta de Cumbre Nueva y deshaciéndose en jirones bajo el sol del oeste. Bajo sus rayos resalta la silueta del volcán de Tacande, primera erupción en la isla de la que se conservan testimonios escritos. El fraile andaluz Juan de Abreu y Galindo relata cómo en el siglo XV esta montaña de nombre aborígen («piedra quemada») estalló, se vació y quedó tal cual la vemos, «como un reloj de arena que va pasando la hora».

Tacande es también la primera de las múltiples erupciones a las que saluda el Camino. De hecho, a partir del Refugio del Pilar transitamos oficialmente por la celeberrima Ruta de los Volcanes, joya de una Red Insular de Senderos que abarca más de 1.000 kilómetros. A ojos del caminante, el espinazo sur de la isla se presenta como un gran tejado a dos aguas, cuyo travesaño central corona una docena de cráteres. Es lo que los geólogos llaman Dorsal de Cumbre Vieja, una de las más activas del planeta.

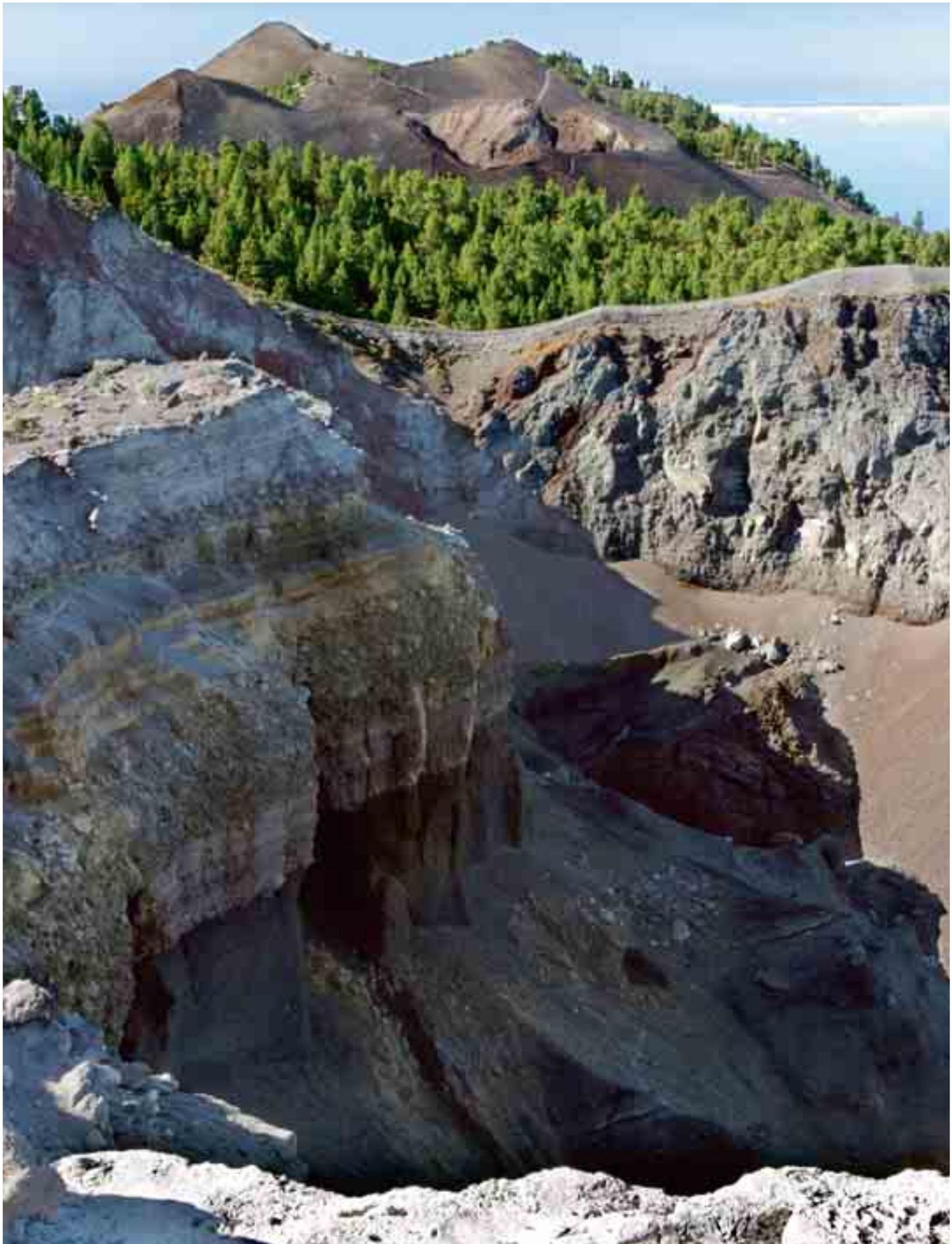
La isla ha visto abrirse la tierra seis veces en otros tantos siglos, con nuestra ruta de testigo privilegiado. En primer lugar, nos

...

en la página anterior

Observatorio astrofísico del Roque de los Muchachos

Los 2.423 m de altitud del Roque de los Muchachos, la máxima cumbre de La Palma, elevados por encima del manto de nubes y ante un cielo claro y estrellado, fueron determinantes en su elección para acoger un observatorio astrofísico. Inaugurado en 1985, pertenece, junto al del Teide, al Instituto de Astrofísica de Canarias y es una referencia internacional



asomamos al cráter de Hoyo Negro, tercera boca del volcán de San Juan (1949). El 12 de julio de ese año, el explosivo encuentro entre un pequeño acuífero subterráneo y la bolsa de magma que luchaba por salir a la superficie provocó un socavón de varias decenas de metros y una columna de humo de tres kilómetros de altura. Poco más adelante, topamos con el llamativo campo de lavas del Duraznero, último aliento de la misma erupción. Lo que hoy vemos como una maciza plataforma de escorias fue en su momento un infernal caldero de piedra fundida a más de 1.000 grados centígrados. Tras coronar Las Deseadas (1.949 m) el sendero inicia un pausado descenso hacia el núcleo de Los Canarios, pero antes pasaremos todavía junto a las erupciones de El Charco (1712) y Tigalate (1646).

A medida que descendemos, el pino canario reclama de nuevo el protagonismo del paisaje. La escasez de agua y de buenos suelos impide el crecimiento de especies competidoras, pero la razón de su aplastante dominio hay que buscarla en una particular adaptación evolutiva: cientos de miles de años de convivencia con los volcanes lo han hecho resistente a los incendios. Se da la circunstancia de que en agosto de 2009 el mayor de la última década asoló este tramo de bosque. Pero bastan cuatro

buenos inviernos para que los pinos reverdezcan y las marcas del fuego se esfumen como si nunca hubieran existido.

Los Canarios (750 habitantes) es la principal zona urbana del municipio de Fuencaliente. El nombre de la localidad se relaciona con un famoso manantial de aguas termales, de milagrosas propiedades contra la sífilis y las enfermedades de la piel. Peregrinos de toda Europa acudían a tomar sus aguas hasta que el 10 de noviembre de 1677 fue sepultado por la erupción del San Antonio. Desde entonces fueron incontables los proyectos para rescatarlo, pero durante más de tres siglos ninguno de ellos resultaría exitoso. En octubre de 2005 volvió a fluir de nuevo gracias a una galería excavada junto a la playa de Echenitive, para alegría de los fuencalenteros.

El último tramo del sendero coincide con las coladas del Teneguía (1971), hasta el momento la última erupción en suelo español. Al contemplar su silueta, teñida de carmín por los minerales férricos, resulta difícil asimilar que hace solo 40 años esa montaña no existía. Y sin embargo ahí está, rotunda y desafiante, esperando su próxima metamorfosis.



...
en la página anterior
Ruta de los Volcanes

El Camino Natural de la Palma GR 131, también conocido como «El Bastón», surgió, en buena medida, de la unión de dos rutas espectaculares: la de los Volcanes y la de la Crestería

...
Parque Nacional de la Caldera de
Taburiente

El Parque Nacional es, sin duda, el gran hito paisajístico de este Camino Natural







...
Faro de Fuencaliente